



pre-texto 34

Dende a Programación Expandida do TRCDanza 2018 e con motivo da presentación de “50 minutos de simulación programada” de Félix Fernández o vindeiro 21 de abril no Teatro Rosalía de Castro de A Coruña, convidamos a Javier Trigales, guionista galego, á elaboración deste Pre-Texto.

Javier Trigales combina a súa faceta de guionista e xestor cultural coa docencia. Traballou tanto de redactor e guionista en televisión como de escritor e crítico cinematográfico colaborando en numerosas publicacións arredor do cine. O seu guión para o largometraje “Viejos” gañou o premio ao mellor proxecto internacional no Festival de Sitges 2016.

Javier Trigales sobre Félix Fernández.

EL CONTROL Y LAS MÁSCARAS:
apuntes sobre la obra de Félix Fernández
y una entrevista a Idoia Zabaleta.

Lo más característico de la vida moderna no era su crueldad ni su inseguridad, sino sencillamente su vaciedad, su absoluta falta de contenido. (George Orwell, 1984.)

Un par de semanas atrás, Félix Fernández y un servidor nos reunimos para tomar un café y preparar las líneas generales de una “conversación abierta” sobre cine y performance que desarrollaremos en el Museo de Arte Contemporáneo de A Coruña (MAC). Esta charla forma parte de la Programación Expandida TRC Danza y se celebrará un par de días antes del estreno de su nuevo espectáculo, “50 minutos de simulación programada”, en el Teatro Rosalía de Castro. Y para la elaboración de este texto también he contactado con Idoia Zabaleta, una de las coreógrafas y bailarinas más reconocidas de este país y que ha ejercido de asesora escénica para la obra. Pero vayamos por partes.

En el bar, tras una hora de disparatar y divagar sobre cientos de temas periféricos a nuestras inquietudes, descubrimos que, sin pretenderlo, habíamos representado una especie de ensayo general de lo que será la charla.

Esa fluidez es la que explica, irónicamente, que el trabajo de Félix tenga una consistencia, unas dinámicas y unas constantes muy definidas y claras: por mucho que siguiéramos una libre asociación de ideas, siempre volvíamos a la base estructural de su trabajo. A saber: distopías en tiempo (casi) presente, la tecnología como comunicación y expresión (casi) autista de un complejo ejercicio de fascinación/repulsión, y la multiplicación del “yo” en una serie de avatares/máscaras que convierten a Félix en espectador de su propia obra.

Como guionista y profesor de audiovisuales fascinado entre otras cosas, por la ciencia ficción, el videoarte o el cine expandido, la obra multidisciplinar de Félix Fernández juega en varias ligas de las que soy socio, por así decirlo.

Comulgo con sus radiografías sobre la alienación, comunicación y soledad que recorren varias de sus piezas más logradas, como *layers* de melancolía analógica visitando las imágenes digitales: en “33” (2011), pieza realizada durante una residencia en Nueva York, reduce su vivencia a una serie de datos desapasionados en un listado átono que recuerda al “ser humano perfecto” del cortometraje de Jorgen Leth (*Det perfekte menneske*, 1967), que más tarde Lars von Trier pondría en crisis una y otra vez en la diabólica “Cinco condiciones” (*De fem benskædd*, 2003). En “This leak” (2014), muta en oficinista gris trágado por la gran ciudad, que se espeja en otras epopeyas de la alienación como “Y el mundo marcha” (*The crowd*, King Vidor, 1928), y se rebela con una coreografía abisal y desesperada, como la que desarrolla Denis Lavant al final de “Beau travail” (Claire Denis, 1999). Y en “Planta 23” (2010), como si un personaje de Tsai Ming Liang viviera en una novela de J. G. Ballard, un hombre sobrevive en lo alto de un edificio mientras se despliega ante sí un paisaje a lo Andreas Gursky, atroz en su ordenamiento implacable.

Empatizo con su ejército de avatares, todos interpretados por el artista en un intento de crear respuestas válidas a nuestro presente multitarea, como Jean Fixx, su álter ego de la escena *clubbing*, con el que realiza sesiones de música electrónica y compone la música de muchas de sus piezas y actuaciones. Las máscaras del actor son convertidas aquí en cambios de cuerpo mutante. Félix se niega a llevar una legión dentro de su cuerpo, por eso se disocia y distancia de sus creaciones hasta lograr el simulacro, haciendo suyo el lema de Arthur Rimbaud: *Je est un autre*.

Coincido en la problemática que recorre su obra de vivir a caballo entre un mundo virtual cada vez más expansivo y los pequeños e insuficientes reductos de “realidad” a los que nos ha exiliado la sociedad de consumo. Una ficción

en teoría tan alejada del videoarte, la performance y el cine experimental como el nuevo monstruo *mainstream* de Steven Spielberg, “Ready player one” (2018), no es más que una espectacularización de los materiales que utiliza Félix en sus procesos creativos.

Y sobre todo, me reconozco en su fascinación por el imaginario inagotable de distopías cinematográficas y literarias, a las que Félix vuelve una y otra vez para reinterpretarlas, hacerlas suyas y picotear entre sus imágenes-tiempo. La lista es larga: de Aldous Huxley a George Orwell pasando por el Alex Proyas de “Dark City” (1998) o el Andrew Niccol de “Gattaca” (1997). Y de entre todas ellas, “Blade Runner” (Ridley Scott, 1982) se revela como un magma primordial del que todos somos hijos a estas alturas. En “Room 4” (2015) resuenan ecos del test Voight-Kampff que, de realizarse hoy día, seguramente arrojaría el dato de que todos somos replicantes (de gestos, de vidas). Dicho trabajo también posee imágenes poderosas que recuerdan a la ficción de Scott, como esas torres de control postapocalípticas del dique coruñés batidas por la lluvia y el viento. Y en la pieza colaborativa “NEXUS”, Félix reinterpreta los gestos de Rutger Hauer en una proyección en pantalla triple fantasmal y poderosa. Habitar espacios falsos creados a través de recuerdos de otros mundos inventados por un psicótico como es Philip K. Dick: varias imposturas sumadas que dan como resultado algo real. Y así es: allí está Félix. Aullando, como un ser antediluviano. Todos esos recuerdos certifican la nostalgia por un futuro neo-romántico que ya ha pasado. Nosotros seguimos atrapados en el chicle digital de Matrix. Y Félix lo sabe.

Esta serie de elementos conforman un catálogo performativo de nuestro presente en el que los espectadores nos sentimos reconocidos, aunque no reconfortados. Y su última obra promete ser una suma y compendio nuclear y esencial de todo lo que aquí he explicado. A partir de aquí, habrá un punto y aparte. Y para este fin de etapa ha contado con la colaboración de Idoia Zabaleta, con la que compartió una semana de trabajo en su residencia para artistas AZALA, situada en un pueblo perdido de Álava.

A la hora de encontrar una equivalencia en el mundo del cine al trabajo que desarrolló Idoia con Félix, me vino a la mente la labor de consultor de guión o *script doctor*, tarea que he realizado alguna que otra vez. Pero definitivamente es un concepto que se queda muy corto: la de Idoia es una visión totalizadora, desde la base hasta el último gesto. Incluso a nivel vivencial: “mi tarea también es de acompañamiento. Hasta de tomar un café con él. También intento que tome distancia. Un ejercicio que hago mucho es hacer lo que ellos hacen para que ellos lo vean desde fuera, para que no den nada por hecho”. Esa exteriorización de unos personajes con los que Félix ya pretende disociarse, puede provocar una *mise en abyme* sugerente y reveladora.

El contacto entre Félix e Idoia se remonta a un año atrás: “Félix asistió como participante en el Festival Escenas do Cambio a un laboratorio que yo daba, Inicio-estalla. Yo trabajo con imágenes iniciales para ponerlas en un estado de inquietud. Lo que hacíamos era ver cómo funcionan y ponerlas en crisis de forma colaborativa con el resto de participantes. Cada uno trabaja para el proyecto del otro con toda una serie de máquinas de trabajo. Lo que se trajo Félix fue la imagen de una persona contra la pared copiando, simulando gestos de la TV”. A partir de esa imagen fundacional, Idoia trabaja con él lo que ella llama “las políticas del trecho”, ese camino que existe desde la verbalización de una idea hasta la plasmación de la misma en un escenario, y visibilizando la distancia, a veces abismal, que existe del dicho al hecho.

Más tarde, Félix recalca en la pequeña población de Lasierri, en Álava, para una residencia de poco menos de una semana en AZALA. Allí trabaja con Idoia, con el proyecto ya muy avanzado y poca maniobra para cambios estructurales, ya que tres semanas más tarde debía presentar el espectáculo en la Cidade da Cultura en Santiago de Compostela: “en circunstancias normales yo habría ido a la base de su trabajo, a su género, su formato. Pero son cuestiones que no se pueden tocar ya, por lo que trabajé bastante dinámica y composición. Él curra mucho la parte física, de tiempos, la limpia mucho”. Y ahí es donde puso su objetivo la coreógrafa: “Félix es una persona muy coherente. Ha idealizado una figura de bailarín, ser otro que no es él. Eso es interesante porque es parte de lo que está proponiendo con su trabajo. El cuerpo, las distintas personalidades, los avatares... son su campo de batalla artístico”.

El espectáculo “50 minutos de simulación programada” se apoya mucho en una parte técnica y escenográfica que según Idoia “tiene que estar muy cuidada para que la técnica no se coma el espectáculo”. Y eso fue precisamente lo que sucedió en la presentación de la obra en la Cidade da Cultura: un robot Roomba que jugaba un papel importante sobre el escenario, se negó a funcionar. “También es un problema que los artistas estemos despojados de la maquinaria escénica hasta horas antes del espectáculo, sin posibilidad de ensayar con calma”. No deja de ser curioso que una obra distópica que habla de control, programación y movimientos reglados, sea sabotada por el más humilde de los robots, y me pregunto si hasta no podría jugar a favor del espectáculo una circunstancia como ésta. “El caso, el quid es dónde inscribir la obra para que el espectador la lea. Lo importante está en la persona que está de pie en el escenario. Y eso es lo que trabajamos.”

Las imágenes de presentación de la obra nos llevan a la

pre-texto 34

cascada verde de datos informáticos de “Matrix” (Lily Wachowski, Lana Wachowski, 1999), a la escena de captura de los movimientos de (una vez más) Denis Lavant en una de las múltiples vidas que despliega en “Holy Motors” (Leos Carax, 2012), y sugieren maquinarias de control similares a las distopías que nos propone “Black Mirror” (Charlie Brooker, 2011-18), otra de las grandes influencias del trabajo de Félix. Todos nuestros movimientos están programados: el viejo sueño dictatorial. Los avatares de los videojuegos somos nosotros, pero la finalidad del juego ha cambiado. Nuestras propias vidas-basura nos son ofrecidas como apasionantes aventuras gráficas: la gran mentira del siglo XXI. Félix Fernández la visibiliza sobre el escenario con agudeza.

pre-texto número 34, publicado o 16 de abril de 2018.

Este texto foi escrito por Javier Trigales, en resposta ao convite do Proxecto de Programación Expandida do TRCDanza 2018 para a liña de publicacións denominada “PreTextos” na que un profesional é convidado a poñer en contexto a obra dun determinado artista convidado ao programa TRCDanza, programa estable de danza do Teatro Rosalía de Castro de A Coruña.